

Que son servicios tan buenos,
Que puede ir a pretender
Este a la corte.

ESCALANTE.

Confieso
Que tú el lauro has merecido.

ROLDAN.

Y yo confieso lo mismo.

CHERINOS.

Todos lo mismo decimos.

CELIA.

El laurel darte pretendo.

ENRICO.

Vivas, Celia, muchos años.

CELIA. *(Poniendo a Enrico una corona de laurel.)*

Toma, mi bien; y con esto,
Pues que la merienda aguarda,
Nos vamos.

GALVAN.

Muy bien has hecho.

CELIA.

Digan todos: «Viva Enrico».

TOPOS.

Viva el hijo de Anareto.

ENRICO.

Al punto todos nos vamos
A holgarnos y entretenernos.
(Vanse Enrico y los que salieron con él.)

ESCENA XIII.

PAULO, PEDRISCO.

PAULO.

Salid, lágrimas; salid,
Salid apriesa del pecho,
No lo dejéis de vergüenza.
¿Qué lastimoso suceso!

PEDRISCO.

¿Qué tiene, padre?

PAULO.

¡Ay hermano!
Penas y desdichas tengo.
Este mal hombre que he visto,
Es Enrico.

PEDRISCO.

¿Cómo es eso?

PAULO.

Las señas que me dió el ángel
Son suyas.

PEDRISCO.

¿Es eso cierto?

PAULO.

Si, hermano, porque me dijo
Que era hijo de Anareto,
Y aqueste tambien lo ha dicho.

PEDRISCO.

Pues aqueste ya está ardiendo
En los infiernos.

PAULO.

¡Ay triste!
Eso solo es lo que temo.
El ángel de Dios me dijo
Que si este se va al infierno,
Que al infierno tengo de ir,
Y al cielo, si este va al cielo.
Pues al cielo, hermano mio,
¿Cómo ha de ir este, si vemos
Tantas maldades en él,
Tantos robos manifiestos,
Crueldades y atrocidades,
Y tan viles pensamientos?

PEDRISCO.

En eso ¿quién pone duda?
Tan cierto se irá al infierno
Como el despensero Judas.

PAULO.

¡Gran Señor! ¡Señor eterno!
¿Por qué me habeis castigado
Con castigo tan inmenso?
Diez años y mas, Señor,
Ha que vivo en el desierto
Comiendo yerbas amargas,
Salobres aguas bebiendo,
Solo porque vos, Señor,
Juez piadoso, sabio, recto,
Perdonarais mis pecados.
¿Cuán diferente lo veo!
Al infierno tengo de ir.
¿Ya me parece que siento
Que aquellas voraces llamas
Van abrasando mi cuerpo!
¡Ay! ¡qué rigor!

PEDRISCO.

Ten paciencia

PAULO.

¿Qué paciencia ó sufrimiento
Ha de tener el que sabe
Que se ha de ir a los infiernos?
¡Al infierno! centro oscuro,
Donde ha de ser el tormento
Eterno, y ha de durar
Lo que Dios durare. ¡Ah cielo!
¿Que nunca se ha de acabar!
¿Que siempre han de estar ardiendo
Las almas! ¡Siempre! ¡Ay de mí!

PEDRISCO.

(Ap. Solo oírle me da miedo.)
Padre, volvamos al monte.

PAULO.

Que allá volvamos pretendo;
Pero no a hacer penitencia,
Porque ya no es de provecho.
Dios me dijo que si aqueste
Se iba al cielo, me iría al cielo,
Y al profundo, si al profundo.
Pues es así, seguir quiero
Su misma vida; perdónese
Dios aqueste atrevimiento:
Si su fin he de tener,
Tenga su vida y sus hechos;
Que no es bien que yo en el mundo
Esté penitencia haciendo,
Y que él viva en la ciudad
Con gustos y con contentos,
Y que a la muerte tengamos
Un fin.

PEDRISCO.

Es discreto acuerdo.
Bien ha dicho, padre mio.

PAULO.

En el monte hay bandoleros:
Bandolero quiero ser,
Porque así igualar pretendo
Mi vida con la de Enrico,
Pues un mismo fin tendremos.
Tan malo tengo de ser
Como él, y peor si puedo;
Que pues ya los dos estamos
Condenados al infierno,
Bien es que antes de ir allá,
En el mundo nos vengamos.
¡Ah Señor! ¿quién tal pensara?

PEDRISCO.

Vamos, y déjate deso,
Y desos árboles altos
Los hábitos ahorquemos.
Vístete galan.

PAULO.

Si haré;
Y yo haré que tengan miedo
A un hombre que, siendo justo,
Se ha condenado al infierno.
Rayo del mundo he de ser.

PEDRISCO.

¿Qué se ha de hacer sin dineros?

PAULO.

Yo los quitaré al demonio,
Si fuere cierto el traerlos.

PEDRISCO.

Vamos pues.

PAULO.

Señor, perdona
Si injustamente me vengo.
Tú me has condenado ya:
Tu palabra, es caso cierto
Que atras no puede volver.
Pues si es así, tener quiero
En el mundo buena vida,
Pues tan triste fin espero.
Los pasos pienso seguir
De Enrico.

PEDRISCO.

Ya voy temiendo

Que he de ir contigo a las ancas,
Cuando vayas al infierno.

ACTO SEGUNDO.

Sala de la casa de Anareto. Una puerta de alcohol, en el fondo, con las cortinas echadas.

ESCENA PRIMERA.

ENRICO, GALVAN.

ENRICO.

¡Válgate el diablo, el juego!
¿Qué mal que me has tratado!

GALVAN.

Siempre eres desdichado.

ENRICO.

¡Fuego en las manos, fuego!
¿Estais descomulgadas?

GALVAN.

Echáronte a perder suertes trocadas.

ENRICO.

Derechas no las gano;
Si las trueco, tampoco.

GALVAN.

El es un juego loco.

ENRICO.

Esta derecha mano
Me tiene destruido:
Noventa y nueve escudos he perdido.

GALVAN.

¿Pues para qué estás triste,
Que nada te costaron?

ENRICO.

¿Qué poco que duraron!
¿Viste tal cosa? ¿viste
tal multitud de suertes?

GALVAN.

Con esa pesadumbre te diviertes,
Y no cuidas de nada:
Y has de matar a Albano;
Que de Laura el hermano
Te tiene ya pagada
La mitad del dinero.

ENRICO.

Sin blanca estoy: matar a Albano quiero.

GALVAN.

¿Y aquesta noche, Enrico,
Cherinos y Escalante...?

ENRICO.

Empresa es importante (1):
A ayudallos me aplico.
¿No han de robar la casa
De Octavio el genoves?

GALVAN.

Aqueso pasa.

(1) Suplido.

ENRICO.

Pues yo seré el primero
Que suba a sus balcones:
En tales ocasiones
Aventajarme quiero.
Vé y díles que aquí aguardo.

GALVAN.

Volando voy, que en todo eres gallardo.
(Vase.)

ESCENA II.

ENRICO.

Pues mientras ellos se tardan,
Y el manto lóbrego aguardan
Que su remedio ha de ser,
Quiero un viejo padre ver
Que aquestas paredes guardan.
Cinco años há que le tengo
En una cama tullido,
Y tanto a estimarle vengo,
Que con andar tan perdido,
A mi costa le mantengo.
De lo que Celia me da,
O yo por fuerza le quito,
Traigo lo que puedo aca,
Y su vida solicito,
Que acabando el curso va.
De lo que de noche puedo,
Varias casas escalandó,
Robar con cuidado ó miedo,
Voy su sustento aumentando,
Y á veces sin él me quedo.
Que esta virtud solamente
En mi vida distraida
Conservo piadosamente;
Que es deuda al padre debida
El serle el hijo obediente.

En mi vida le ofendi,
Ni pesadumbre le di:
En todo cuanto mandó,
Siempre obediente me halló
Desde el día en que nació.
Que aquestas mis travesuras,
Mocedades y locuras,
Nunca a saberlas llego;
Que a saberlas, bien sé yo
Que aunque mis entrañas duras,
De pena, al blando cristal
Opuesta, fueron formadas,
Y mi corazón igual
A las fieras encerradas
En riscos de pedernal,
Que las hubiera atajado;
Pero siempre le he tenido
Donde de nadie informado,
Ni un disgusto ha recibido
De tantos como he causado.

(Descorre las cortinas de la alcoba, y se ve a Anareto dormido en una silla.)

ESCENA III.

ANARETO, ENRICO.

ENRICO.

Aquí está: quiérole ver.
Durmiendo está al parecer.
Padre,

ANARETO. *(Despertando.)*

¿Mi Enrico querido!

ENRICO.

Del descuido que he tenido,
Perdon espero tener
De vos, padre de mis ojos.
¿Heme tardado?

ANARETO.

No, hijo.

ENRICO.

No os quisiera dar enojos.

ANARETO.

En verte me regocijo.

ENRICO.

No el sol por celajes rojos
Saliendo a dar resplandor
A la tiniebla mayor
Que espera tan alto bien,
Parece al día tan bien,
Como vos á mi, señor.
Que vos para mi sois sol,
Y los rayos que arrojaís
Dese divino arrebol,
Son las canas con que honrais
Este reino.

ANARETO.

Eres crisol

Donde la virtud se apura.

ENRICO.

¿Habeis comido?

ANARETO.

Yo no.

ENRICO.

Hambre tendréis.

ANARETO.

La ventura

De mirarte me quitó

La hambre.

ENRICO.

No me asegura,
Nacida de la afición
Tan grande que me teneis;
Pero agora comeréis,
Que las dos pienso que son
De la tarde. Ya la mesa
Os quiero, padre, poner.

ANARETO.

De tu cuidado me pesa.

ENRICO.

Todo esto y mas ha de hacer
El que obediencia profesa.
*(Ap. Del dinero que jugué,
Un escudo reservé
Para comprar qué comiese;
Porque aunque al juego le pese,
No ha de faltarme esta fe.)*
Aquí traigo en el lenzuolo,
Padre mio, que comais.
Estimad mi justo celo.

ANARETO.

Bendito, mi Dios, seas
En la tierra y en el cielo,
Pues que tal hijo me distes
Cuando tullido me vistes,
Que mis piés y manos sea.

ENRICO.

Comed, porque yo lo vea.

ANARETO.

Miembros cansados y tristes,
Ayudadme a levantar.

ENRICO.

Yo, padre, os quiero ayudar.

ANARETO.

Fuerza me infunden tus brazos.

ENRICO.

Quisiera en estos abrazos
La vida poderos dar.

Y digo, padre, la vida,
Porque tanta enfermedad
Es ya muerte conocida.

ANARETO.

La divina voluntad
Se cumpla.

ENRICO.

Ya la comida
Llegaré

Os espera. ¿Llegaré

La mesa?

ANARETO.

No, hijo mio;
Que el sueño me vence.

ENRICO.

¿A fe?
Pues dormid.
ANARETO.
Dádome ha un frio
Muy grande.
ENRICO.
Yo os llegaré

La ropa.

ANARETO.

No es menester.

ENRICO.

Dormid.

ANARETO.

Yo, Enrico, quisiera,
Por llegar siempre a temer
Que en viéndote es la postrera
Vez que te tengo de ver,
*(Porque aquesta enfermedad
Me trata con tal crueldad),*
Yo quisiera que tomaras
Estado.

ENRICO.

¿En eso reparas?

Cumplase tu voluntad.
Mañana pienso casarme.
*(Ap. Quiero darle aqueste gusto,
Aunque finja.)*

ANARETO.

Será darme

La salud.

ENRICO.

Hacer es justo
Lo que tú puedes mandarme.

ANARETO.

Moriré, Enrico, contento.

ENRICO.

Darte gusto en todo intento,
Porque veas desta suerte
Que por solo obedecerte,
Me sujeto al casamiento.

ANARETO.

Pues, Enrico, como viejo
Te quiero dar un consejo.
No busques mujer hermosa,
Porque es cosa peligrosa
Ser en cárcel mal segura
Alcaide de una hermosura,
Donde es la afrenta forzosa.
Está atento, Enrico.

ENRICO.

Di.

ANARETO.

Y nunca entienda de tí
Que de su amor no te fías;
Que viendo que desconfiás,
Todo lo ha de hacer así.
Con tu mismo ser la iguala:
Amala, sirve y regala;
Con celos no la des pena;
Que no hay mujer que sea buena,
Si ve que piensan que es mala.
No declares tu pasión
Hasta llegar la ocasión,
Y luego.... *(Duérmese.)*

ENRICO.

Vencióle el sueño:
Que es de los sentidos dueño,
Al dar la mejor lición.
Quiero la ropa llegalle,
Y desta suerte dejalle
Hasta que repose. *(Arrópale.)*

ESCENA IV.

GALVAN. — ENRICO.

GALVAN.

Ya
Todo prevenido está,

Y mira que por la calle
Viene Albano.

ENRICO.
¿Quién?

GALVAN.
Albano,
A quien la muerte has de dar.

ENRICO.
¿Pues yo he de ser tan tirano?

GALVAN.
¿Cómo!

ENRICO.
¿Yo le he de matar
Por un interes liviano?

GALVAN.
¿Ya tienes temor?

ENRICO.
Galvan,
Estos dos ojos que están
Con este sueño cubiertos,
Por temer que estén despiertos,
Aqueste temor me dan.
No me atrevo, aunque mi nombre
Tiene su altivo renombre
En las memorias escrito,
Intentar tan gran delito
Donde está durmiendo este hombre.

GALVAN.
¿Quién es?

ENRICO.
Un hombre eminente,
A quien temo solamente,
Y en esta vida respeto:
Que para el hijo discreto
Es el padre muy valiente.
Si conmigo le llevara
Siempre, nunca yo intentara
Los delitos que condeno,
Pues fuera su vista el freno
Que en la ocasión me tirara.
Pero corre esa cortina;
Que el no verla, podrá ser
(Pues mi favor afemina)
Que rigor venga a tener,
Si ahora piedad me inclina.

GALVAN.
(Corre las cortinas de la alcoba.)
Ya está corrida.

ENRICO.
Galvan,
Ahora que no le veo,
Ni sus ojos luz me dan,
Matemos, si es tu deseo,
Cuantos en el mundo están.

GALVAN.
Pues mira que viene Albano,
Y que de Laura al hermano
Que le des muerte conviene.

ENRICO.
Pues él á buscarla viene,
Dale por muerto.

GALVAN.
Eso es llano. (Vanse.)
Calle.

ESCENA V.
ALBANO, y un momento despues ENRICO y GALVAN.
ALBANO. (Cruzando el teatro.)
El sol á poniente va,
Como va mi edad tambien,
Y con cuidado estará
Mi esposa. (Vase.)
ENRICO. (Que se ha quedado inmóvil,
mirando á Albano, al tiempo de salir.)
Brazo, deten.

GALVAN.
¿Qué aguardas, Enrico, ya?

ENRICO.
Miro un hombre que es retrato
Y viva imágen de aquel
A quien siempre de honrar trato:
Pues di, si aquí soy cruel,
¿No seré á mi padre ingrato?
Hoy de mis manos tiranas
Por ser viejo, Albano, ganas
La cortesia que esperas;
Que son piadosas terceras,
Aunque mudas, esas canas.
Véte libre; que repara
Mi honor (que así se declara,
Aunque mi opinion no cuadre)
Que pensara que á mi padre
Mataba, si te matara.
Canas, les que os aborrecen,
Hoy á estimaros empecen (1):
Poco les ofenderán,
Pues tan seguras se van
Cuando enemigos se ofrecen.

GALVAN.
Vive Dios, que no te entiendo.
Otro eres ya del que fuiste.

ENRICO.
Poco mi valor ofendo.

GALVAN.
Darle la muerte pudiste.

ENRICO.
No es eso lo que pretendo.
A nadie temi en mi vida;
Varios delitos he hecho,
He sido fiero homicida,
Y no hay maldad que en mi pecho
No tenga siempre acogida,
Pero en llegando á mirar
Las canas que supe honrar
Porque en mi padre las ví,
Todo el furor reprimi,
Y las procuré estimar.
Si yo supiera que Albano
Era de tan larga edad,
Nunca de Laura al hermano
Prometiera tal crueldad.

GALVAN.
Respeto fué necio y vano.
El dinero que te dió,
Por fuerza habrás de volver,
Ya que Albano no murió.

ENRICO.
Podrá ser.

GALVAN.
¿Qué es podrá ser?

ENRICO.
Podrá ser, si quiero yo.

GALVAN.
Él viene.

ESCENA VI.
OCTAVIO. — ENRICO, GALVAN.
OCTAVIO.
A Albano encontré
Vivo y sano como yo.

ENRICO.
Yo lo creo.

OCTAVIO.
Y no pensé
Que la palabra que dió
De matarle vuestasté,
No se cumpliera tan bien
Como se cumplió la paga.
¿Esto es ser hombre de bien?

GALVAN. (Ap.)
Este busca que le den
Un bofetón con la daga.

(1) Suplido

ENRICO.
No mato á hombres viejos yo;
Y si á voarcé le ofendió,
Vaya y mátele al momento;
Que yo quedo muy contento
Con la paga que me dió.

OCTAVIO.
El dinero ha de volverme.

ENRICO.
Váyase voarcé con Dios.
No quiera enojado verme;
Que ¡juro á Dios....!
(Sacan las espadas Octavio y Enrico,
y se acuchillan.)

GALVAN.
Ya los dos
Riñen: el diablo no duerme.

OCTAVIO.
Mi dinero he de cobrar.

ENRICO.
Pues yo no lo pienso dar.

OCTAVIO.
Eres un gallina.

ENRICO.
Mientes. (Le hiere.)

OCTAVIO.
Muerto soy. (Caer.)

ENRICO.
Mucho lo sientes.

GALVAN.
Hubiérase ido á acostar.

ENRICO.
A hombres, como tú, arrogantes,
Doy la muerte yo, no á viejos,
Que con canas y consejos
Vencen ánimos gigantes.
Y si quisieras probar
Lo que llevo á sustentar,
Pide á Dios, si él lo permite,
Que otra vez te restitice,
Y te volveré á matar.

ESCENA VII.
EL GOBERNADOR, ESBIRROS, GENTE.
— ENRICO, GALVAN.
GOBERNADOR. (Antes de salir.)
Prendedle, dadle muerte.

GALVAN.
Aquesto es malo.
Mas de cien hombres vienen á prenderte
Con el Gobernador.

ENRICO.
Vengan seiscientos.
Si me prende, Galvan, mi muerte es cier:
Si me defiende, puede hacer mi dicha (ta);
Que no me maten, y que yo me escape;
Y mas quiero morir con honra y fama.
Aquí está Enrico: ¿no llegais, cobardes?

GALVAN.
Cercado te han por todas partes.

ENRICO.
Cerquen;
Que vive Dios, que tengo de arrojarne
Por entre todos.

GALVAN.
Yo tus pasos sigo.

ENRICO.
Pues haz cuenta que César va contigo.
(Salen el Gobernador y los que le acompañan: Enrico y Galvan los acometen.)

GOBERNADOR.
¿Eres demonio?

ENRICO.
Soy un hombre solo
Que huye de morir.

GOBERNADOR.
Pues date preso,
Y yo te libraré.

ENRICO.
No pienso en eso.
Así habeis de prenderme. (Lidiando.)

GALVAN.
Sois cobardes.
(Enrico sigue acosando á los ministros
de justicia, el Gobernador se inter-
pone, y Enrico le da una estocada.
Los esbirros dejan paso á Enrico y
á Galvan.)

GOBERNADOR.
(Cayendo en brazos de los suyos.)
¡Ay de mí! muerto soy.

UN ESBIRRO.
¡Grande desdicha!

OTRO.
¡Mala palabra!
(Vanse todos.)

Campo inmediato al mar.

ESCENA VIII.
ENRICO, GALVAN.
ENRICO.
Ya aunque la tierra sus entrañas abra,
Y en ella me sepulte, es imposible (Bio,
Que me pueda escapar; tú, mar sober-
En tu centro me esconde: con la espada
Puesta en la boca tengo de arrojarne.
Tened misericordia de mi alma,
Señor inmenso; que aunque soy tan ma-
No dejo de tener conocimiento (lo,
De vuestra santa fe. Pero ¿qué hago?
Al mar quiero arrojarne cuando de-
Triste, aligido un miserable viejo!
Al padre de mi vida volver quiero,
Y llevarle conmigo; á ser Eneas
Del viejo Anquises.

GALVAN.
¿Dónde vas? Detente.

UNA VOZ. (Dentro.)
Seguidme por aquí.

GALVAN.
Guarda tu vida.

ENRICO.
Perdonad, padre mio de mis ojos,
El no poder llevaros en mis brazos,
Aunque en el alma bien sé yo que os lle-
Sigueme tú, Galvan. (Vo.)

GALVAN.
Ya yo te sigo.

ENRICO.
Por tierra no podemos escaparnos.

GALVAN.
Pues arrójome al mar.

ENRICO.
Su centro airado
Sea sepulcro mio. ¡Ay padre amado!
¿Cuánto siento el dejaros!

GALVAN.
Ven conmigo.

ENRICO.
Cobarde soy, Galvan, si no te sigo.
(Vanse.)

Selva.

ESCENA IX.
PAULO y PEDRISCO, de bandoleros.
OTROS BANDOLEROS, que traen presos
á tres caminantes.
BANDOLERO 1.º
A ti solo, Paulo fuerte,

EL CONDENADO.
Pues que ya todos te damos
Palabra de obedecerte,
Que sentencias esperamos
Éstos tres á vida ó muerte.

PAULO.
¿Dejáronnos ya el dinero?

PEDRISCO.
Ni una blanca nos han dado.

PAULO.
Pues ¿qué aguardas, majadero?

PEDRISCO.
Hábemoselo quitado.

PAULO.
¿Que ellos no lo dieron? Quiero
Sentenciar á todos tres.

PEDRISCO.
Ya esperamos ver lo que es.

CAMINANTE 1.º
Ten con nosotros piedad.

PAULO.
Dese robe los colgad.

LOS TRES CAMINANTES.
¡Gran señor!

PEDRISCO.
Moved los piés;
Que seréis fruta extremada,
En esta selva apartada,
De todas aves rapantes.

PAULO. (A Pedrisco.)
Desta crueldad no te espantes.

PEDRISCO.
Ya no me espanto de nada.
Porque verte ayer, señor,
Ayunar con tal fervor,
Y en la oracion ocupado,
En tu Dios arrebatado,
Pedirle ánimo y favor
Para proseguir tu vida
En tan grande penitencia;
Y en esta selva escondida
Verte hoy con tanta violencia,
Capitan de foragida
Gente, matar pasajeros,
Tras robarles los dineros;
¿Qué mas se puede esperar?
Ya no me pienso espantar
De nada.

PAULO.
Los hechos fieros
De Enrico imitar pretendo,
Y aun le quisiera exceder.
Perdóne Dios si le ofendo;
Que si uno el fin ha de ser,
Ésto es justo, y yo me entiendo.

PEDRISCO.
Así al otro le decian
Que la escalera rodaba,
Otros que rodar le vian.

PAULO.
¿Que á mi que á Dios adoraba,
Y por santo me tenían
En este circunvecino
Monte, el globo cristalino
Rompiendo el ángel veloz,
Me obligase con su voz
A dejar tan buen camino,
Dándome el premio tan malo!
Pues hoy verá el cielo en mí
Si en las maldades no igualo
A Enrico.

PEDRISCO.
¡Triste de ti!

PAULO.
Fuego por la vista exhalo.
Hoy, fieras, que en horizontes
Y en napolitanos montes
Haceis dulce habitacion,

Veréis que mi corazon
Vence á soberbios faetontes.
Hoy, árboles, que plumajes
Sois de la tierra, ó salvajes
Por lo verde que os vestis,
El huésped que recibis,
Os hará varios ultrajes.
Mas que la naturaleza
He de hacer por cobrar fama;
Pues para mayor grandeza,
He de dar á cada rama
Cada dia una cabeza.
Vosotros dais, por ser graves,
Frutos al hombre suaves;
Mas yo con tales racimos
Pienso dar frutos opimos
A las voladoras aves:
En verano y en invierno
Será vuestro fruto eterno;
Y si pudiera hacer mas,
Mas hiciera.

PEDRISCO.
Tú te vas
Gallardamente al infierno.

PAULO.
Vé, y cuélgalos al momento
De un robe.

PEDRISCO.
Voy como el viento.

CAMINANTE 1.º
¡Señor!

PAULO.
No me repliqueis
Si acaso ver no queréis
El castigo mas violento.

PEDRISCO.
Venid los tres.

CAMINANTE 2.º
¡Ay de mí!

PEDRISCO.
Yo he de ser verdugo aquí,
Pues á mi dicha le plugo,
Para enseñar al verdugo
Cuando me ahorquen á mí.
(Vanse Pedrisco y todos los bandole-
ros, excepto dos, llevándose á los
caminantes.)

ESCENA X.
PAULO, DOS BANDOLEROS.
PAULO. (Para sí.)
Enrico, si desta suerte
Yo tengo de acompañarte,
Y si te has de condenar,
Contigo me has de llevar;
Que nunca pienso dejarte.
Palabra de un ángel fué;
Tu camino seguiré;
Pues cuando Dios, juez eterno,
Nos condenare al infierno,
Ya habremos hecho por qué.

UNA VOZ. (Dentro y cantando.)
No desconfie ninguno,
Aunque grande pecador,
De aquella misericordia
De que mas se precia Dios.

PAULO.
¿Qué voz es esta que suena?

BANDOLERO 1.º
La gran multitud, señor,
Desos robles nos impide
Ver donde viene la voz.

LA VOZ.
Con firme arrepentimiento
De no ofender al Señor
Llegue el pecador humilde;
Que Dios le dará perdon.

PAULO.
Subid los dos por el monte,
Y ved si es algun pastor
El que canta este romance.

BANDOLERO 2.º
A verlo vamos los dos.
LA VOZ.
*Su majestad soberana
Da voces al pecador,
Porque le llegue á pedir
Lo que á ninguno negó.*

ESCENA XI.

UN PASTORCILLO, que aparece en lo
alto de un monte tejendo una co-
rona de flores. — PAULO.

PAULO.
Baja, baja, pastorcillo;
Que ya estaba, vive Dios,
Confuso con tus razones,
Admirado con tu voz.
¿Quién te enseñó ese romance,
Que le escucho con temor,
Pues parece que en ti habla
Mi propia imaginación?

PASTORCILLO.
Este romance que he dicho,
Dios, señor, me le enseñó.

PAULO.
¿Dios!
PASTORCILLO.
O la iglesia su esposa,
A quien en la tierra dió
Poder suyo.

PAULO.
Bien dijiste.
PASTORCILLO.
Advierte que creo en Dios
A pié juntillas, y sé,
Aunque rústico pastor,
Todos los diez mandamientos,
Preceptos que Dios nos dió.

PAULO.
¿Y Dios ha de perdonar
A un hombre que le ofendió
Con obras y con palabras
Y pensamientos?

PASTORCILLO.
¿Pues no?
Aunque sus ofensas sean
Mas que átomos hay del sol,
Y que estrellas tiene el cielo,
Y rayos la luna dió,
Y peces el mar salado
En sus cóncavos guardó.

Esta es su misericordia;
Que con decirle al Señor:
Pequé, pequé, muchas veces,
Le recibe al pecador
En sus amorosos brazos;
Que en fin hace como Dios.
Porque sino fuera aquesto,
Cuando á los hombres crió,
No los criara sujetos
A su frágil condicion.

Porque si Dios, sumo bien,
De nada al hombre formó
Para ofrecerle su gloria,
No fuera ningún blason
En su Majestad divina
Dalle aquella imperfeccion.
Dióle Dios libre albedrío,
Y fragilidad le dió
Al cuerpo y al alma; luego
Dió potestad con accion
De pedir misericordia,
Que á ninguno le negó.
De modo, que si en pecando
El hombre, el justo rigor
Procediera contra él,

Fuera el número menor
De los que en el sacro alcázar
Están contemplando á Dios.
La fragilidad del cuerpo
Es grande; que en una accion,
En un mirar solamente
Con deshonesta aficion,
Se ofende á Dios: dese modo,
Porque este triste ofensor,
Con la imperfeccion que tuvo,
Le ofende una vez ó dos,
¿Se habia de condenar?
No, señor, aqueso no;
Que es Dios misericordioso,
Y estima al mas pecador,
Porque todos igualmente
Le costaron el sudor
Que sabeis, y aquella sangre
Que liberal derramó,
Haciendo un mar á su cuerpo,
Que amoroso dividió
En cinco sangrientos rios;
Que su espíritu formó
Nueve meses en el vientre
De aquella que mereció
Ser Virgen cuando fué Madre,
Y claro oriente del sol,
Que como clara vidriera,
Sin que la rompiese, entró.
Y si os guiais por ejemplos,
Decid: ¿no fué pecador
Pedro, y mereció despues
Ser de las almas pastor?
Mateo, su coronista,
¿No fué tambien su ofensor?
Y luego ¿no fué su apóstol,
Y tan gran cargo le dió?
¿No fué pecador Francisco?
Luego ¿no le perdonó,
Y á modo de honrosa empresa
En su cuerpo le imprimió
Aquellas llagas divinas
Que le dieron tanto honor,
Dignándole de tener
Tan excelente blason?
¿La pública pecadora
Palestina no llamó
A Magdalena, y fué santa
Por su santa conversion?
Mil ejemplos os dijera,
A estar despacio, señor;
Mas mi ganado me aguarda,
Y há mucho que ausente estoy.

PAULO.
Tente, pastor, no te vayas.
PASTORCILLO.
No puedo tenerme, no;
Que ando por aquestos valles
Recogiendo con amor
Una ovejuela perdida
Que del rebaño se huyó;
Y esta corona que veis
Hacerme con tanto amor,
Es para ella, si parece,
Porque hacérmela mandó
El mayoral, que la estima
Del modo que le costó.
El que á Dios tiene ofendido,
Pidale perdon á Dios,
Porque es Señor tan piadoso,
Que á ninguno le negó.

PAULO.
Aguarda, pastor.
PASTORCILLO.
No puede.
PAULO.
Por fuerza te tendré yo.
PASTORCILLO.
Será detenerme á mi
Parar en su curso al sol.

(Vásele de entre las manos.)

PAULO.
Este pastor me ha avisado
En su forma peregrina,
No humana sino divina,
Que tengo á Dios enojado
Por haber desconfiado
De su piedad (claro está);
Y con ejemplos me da
A entender piadosamente
Que el hombre que se arrepiente
Perdon en Dios hallará.
Pues si Enrico es pecador,
¿No puede tambien hallar
Perdon? Ya vengo á pensar
Que ha sido grande mi error.
Mas ¿cómo dará el Señor
Perdon á quien tiene nombre
¿Ay de mí! del mas mal hombre
Que en este mundo ha nacido?
Pastor, que de mi has huido,
No te espantes que me asombre.
Si él tuviera algun intento
De tal vez arrepentirse,
Bien pudiera recibirse
Lo que por engaño siento,
Y yo viviera contento.
¿Por qué, pastor, quereis vos
Que en la clemencia de Dios (1)
Halle su remedio medio?
Alma, ya no hay mas remedio
Que el condenarnos los dos.

PAULO.
Escucha, Paulo, y sabrás,
Aunque dello ajeno estás
Y lo atribuyas á engaño,
El suceso mas extraño
Que tú habrás visto jamas.
En esa verde ribera
De tantas fieras aprisco,
Donde el cristal reverbera,
Cuando el afligido risco
Su tremendo golpe espera;
Despues de dejar colgados
Aquellos tres desdichados,
Estábamos Celio y yo,
Cuando una voz que se oyó
Nos dejó medio turbados.
«Que me abogo» dijo, y vimos
Cuando la vista tendimos,
Dos hombres nadar valientes (2)
(Con la espada entre los dientes (3)
Uno), y á sacarlos fuimos (4).
Como en la mar hay tormenta,
Y está de sangre sedienta,
Para anegarnos bramaba:
Ya en las estrellas los clava,
Ya en su centro los asienta.
En los cristales no helados
Las dos cabezas se vian
De aquestos dos desdichados,
Y las olas parecian
Ser tablas de degollados.
Llegaron al fin, mostrando
El valor que significo;
Mas por no estarte cansando,
Has de saber que es Enrico
El uno.

PAULO.
Estoilo dudando.
PASTORCILLO.
No lo dudes, pues yo llevo
A decirlo, y no estoy ciego.

PAULO.
¿Vístele tú?

(1) (2) (3) (4) Septidos.

ESCENA XII.

PAULO.

Este pastor me ha avisado
En su forma peregrina,
No humana sino divina,
Que tengo á Dios enojado
Por haber desconfiado
De su piedad (claro está);
Y con ejemplos me da
A entender piadosamente
Que el hombre que se arrepiente
Perdon en Dios hallará.
Pues si Enrico es pecador,
¿No puede tambien hallar
Perdon? Ya vengo á pensar
Que ha sido grande mi error.
Mas ¿cómo dará el Señor
Perdon á quien tiene nombre
¿Ay de mí! del mas mal hombre
Que en este mundo ha nacido?
Pastor, que de mi has huido,
No te espantes que me asombre.
Si él tuviera algun intento
De tal vez arrepentirse,
Bien pudiera recibirse
Lo que por engaño siento,
Y yo viviera contento.
¿Por qué, pastor, quereis vos
Que en la clemencia de Dios (1)
Halle su remedio medio?
Alma, ya no hay mas remedio
Que el condenarnos los dos.

ESCENA XIII.

PEDRISCO.—PAULO.

PEDRISCO.
Escucha, Paulo, y sabrás,
Aunque dello ajeno estás
Y lo atribuyas á engaño,
El suceso mas extraño
Que tú habrás visto jamas.
En esa verde ribera
De tantas fieras aprisco,
Donde el cristal reverbera,
Cuando el afligido risco
Su tremendo golpe espera;
Despues de dejar colgados
Aquellos tres desdichados,
Estábamos Celio y yo,
Cuando una voz que se oyó
Nos dejó medio turbados.
«Que me abogo» dijo, y vimos
Cuando la vista tendimos,
Dos hombres nadar valientes (2)
(Con la espada entre los dientes (3)
Uno), y á sacarlos fuimos (4).
Como en la mar hay tormenta,
Y está de sangre sedienta,
Para anegarnos bramaba:
Ya en las estrellas los clava,
Ya en su centro los asienta.
En los cristales no helados
Las dos cabezas se vian
De aquestos dos desdichados,
Y las olas parecian
Ser tablas de degollados.
Llegaron al fin, mostrando
El valor que significo;
Mas por no estarte cansando,
Has de saber que es Enrico
El uno.

PAULO.
Estoilo dudando.
PASTORCILLO.
No lo dudes, pues yo llevo
A decirlo, y no estoy ciego.

PAULO.
¿Vístele tú?

(1) (2) (3) (4) Septidos.

EL CONDENADO.

Que le barrene ese cuerpo
Mas de setecientas veces,
Sin las que á su nacimiento
Barrenó naturaleza.
Y ha de advertir que está preso,
Y que si es valiente, yo
Soy valiente como un Hétor;
Y que si él ha hecho muertes,
Sepa que tambien yo he muerto
Muchas hambres y candiles,
Y muchas pulgas á tiento.
Y si es ladron, soy ladron,
Y soy el demonio mesmo,
Y ¡por vida.....!

BANDOLERO 1.º
Bueno está.
ENRICO. (Ap.)

¿Esto sufro, y no me vengo?

PAULO.
Ahora ha de quedar atado
A un árbol.

ENRICO.
No me defiendo.
Haced de mi vuestro gusto.

PEDRISCO. (A Galvan.)
Y él tambien.

GALVAN. (Ap.)
Destá vez muero.

PEDRISCO. (A Galvan.)
Si son como vuestra cara,
Vos teneis bellacos hechos.
Ea, llegados á atar;
Que el capitan gusta dello. (A Enrico.)
Llegad al árbol.

ENRICO.
¿Que así
Me quiera tratar el cielo!

(Atan á un árbol á Enrico y despues á Galvan.)

Llegad vos.

GALVAN.
Tened piedad.

PEDRISCO.
Vendarles los ojos quiero
Con las ligas á los dos.

GALVAN.
(Ap. ¿Vióse tan extraño aprieto?)
Mire vusarcé que yo
Vivo de su oficio mesmo,
Y que soy ladron tambien.

PEDRISCO.
Aborrrará con aquesto
De trabajo á la justicia
Y al verdugo de contento.

BANDOLERO 1.º
Ya están vendados y atados.

PEDRISCO.
Las flechas y arcos tomemos,
Y dos docenas, no mas,
Clavemos en cada cuerpo.

BANDOLERO 1.º
Vamos.

PEDRISCO. (Bajo á los bandoleros.)
Aquesto es fingido:
Nadie los ofenda.

BANDOLERO 1.º (Bajo á Pedrisco.)
Creo
Que el capitan los conoce.

PEDRISCO. (Bajo á los bandoleros.)
Vamos, y así los dejemos. (Vanse.)

ESCENA XV.
ENRICO y GALVAN, atados al árbol.

GALVAN.
Ya se van á asactearnos.

ENRICO.
Pues no por aqueso pienso
Mostrar flaqueza ninguna.

GALVAN.
Ya me parece que siento
Una jara en estas tripas.

ENRICO.
Vénguese en mí el justo cielo;
Que quisiera arrepentirme,
Y cuando quiero, no puedo.

ESCENA XVI.

PAULO, de ermitaño, con cruz y ro-
sario. — ENRICO, GALVAN.

PAULO. (Ap.)
Con esta traza he querido
Probar si este hombre se acuerda
De Dios, á quien ha ofendido.

ENRICO.
¿Que un hombre la vida pierda,
De nadie visto ni oído!

GALVAN.
Cada mosquito que pasa,
Me parece que es saeta.

ENRICO.
El corazon se me abrasa.
¿Que mi fuerza esté sujeta!
¿Ah fortuna, en todo escasa!

PAULO.
Alabado sea el Señor.

ENRICO.
Sea por siempre alabado.

PAULO.
Sabed con vuestro valor
Llevar este golpe airado
De fortuna.

ENRICO.
¿Gran rigor!

¿Quién sois vos, que así me habláis?

PAULO.
Un monje, que este desierto
Donde la muerte esperais,
Habita.

ENRICO.
¿Bueno por cierto!

Y ahora ¿qué nos mandais?

PAULO.
A los que al roble os ataron
Y á mataros se apartaron,
Supliqué con humildad
Que ya que con tal crueldad
De daros muerte trataron,
Que me dejasen llegar
A hablaros.

ENRICO.
¿Y para qué?

PAULO.
Por si os quereis confesar,
Pues seguis de Dios la fe.

ENRICO.
Pues bien se puede tornar,
Padre, ó lo que es.

PAULO.
¿Qué decis?

ENRICO.
Sí soy.

PAULO.
No lo sois, pues no admitis
El último bien que os doy.
¿Porqué no lo recibis?

ENRICO.
Porque no quiero.

PAULO.
(Ap. ¡Ay de mí!